



Retrato de Larra procedente de la edición ilustrada de *El doncel de Don Enrique el Doliente*

LARRA, UN ESCRITOR EN EL MUNDO

Los trabajos aquí reunidos implican una revisión de la vida y, sobre todo, del pensamiento y de la obra de Mariano José de Larra. Por tanto, suponen una pregunta sobre su actualidad. La excusa del aniversario de su nacimiento (1809-2009) sirvió para proponer a los diferentes autores que estudiaran aspectos de su producción literaria y revisaran hasta qué punto su trabajo tenía o no tenía vigencia hoy, a comienzos del siglo XXI. Nos preguntábamos si podía servir como guía en los tiempos presentes; si daba respuestas a las preguntas del Hombre actual. Pero también si debía darlas y si era justo plantear estas cuestiones, que casi podían convertir a Larra en un exitoso autor de libros de autoayuda.

Sea como sea, nos interesaba este punto porque hoy —tras decretar la muerte de la Historia y su posterior renacimiento, cuando la Postmodernidad ha dado paso a un tiempo caracterizado por la sensología y lo emocional político—, Larra todavía es visto como un emblema de la Modernidad, como alguien implicado en su tiempo que con su trabajo mostró a sus contemporáneos, pero también a nosotros, de qué manera esa Modernidad desembocaba en el drama de las incertidumbres y las contradicciones que es el Romanticismo. De la revisión de su obra parece claro que lo que sigue atrayendo a los lectores y lo que tiene vigencia sobre todo es su producción periodística y aquellos trabajos en los que reflejó su mirada sobre el entorno, los denominados artículos de costumbres. Si, como parece, esto es así, se debe sobre todo a dos razones. Una, a lo penetrante de su mirada, capaz de discriminar lo esencial de lo accesorio, pero presentándolo de modo aparentemente anecdótico (es decir, atractivo), y otra, a su lenguaje, que no le resulta distante ni extraño al lector, que se identifica, mediante sus formulaciones, con lo que se le cuenta. Lo cual le sucede menos con su poesía, con su teatro y con su novela; géneros en los que la erosión del tiempo es evidente, como en bastante literatura del siglo XIX, aunque esto, lógicamente, no desdice del valor que esas obras tienen para el conocimiento de nuestra historia cultural.

Es indudable también que mucho del atractivo de su figura reside en la leyenda que se forjó ya desde los primeros momentos de su muerte y aun

antes; esa construcción de un personaje inquieto, sarcástico, incomprendido e incómodo, que ha permitido a muchos identificarse con su insatisfacción y encontrar en él y en su obra un referente. Pero ese atractivo y esa fascinación devienen también del modo en que él se representó en su literatura diaria, en la forma en que supo fundir texto, pensamiento e imagen de autor en un producto que reflejaba, o eso parecía, autenticidad, originalidad y contradicción, la del Hombre moderno. Los textos de Larra expresan inseguridad, inquietud, desazón, esperanza y decepción ante la realidad española que vive, y eso es apreciado por los lectores actuales, que también reconocen en ellos esas sensaciones, así como la incertidumbre ante un futuro desconocido en una realidad que cambia deprisa y se caracteriza por la amalgama indiscriminada de imágenes.

Cómo representa un escritor, un intelectual, el mundo es aspecto del máximo interés, y en el caso de Larra lo es también porque su discurso es siempre político y didáctico. Analizar su atención a la política, cómo mostró lo público y lo privado, saber a quiénes tuvo por amigos y enemigos, fueron otros aspectos que nos importaron, porque eran, a su vez, formas de entenderlo a él, de verlo en el mundo, de saber los modos en que se representó y los modelos de que se sirvió para reconocerse como autor. Así mismo, de qué forma gestionó su liberalismo, qué imagen de escritor utilizó, cómo empleó los referentes comunes para alcanzar su identidad personal, son cuestiones que subyacen en los trabajos aquí reunidos.

Si estas preguntas nos interesaban y a intentar responderlas nos dedicamos, otros interrogantes surgen en tiempos como los actuales, al contrastarlos con la realidad y la literatura de Larra. Ahora, cuando mayoritariamente parece que sólo “lo moderno” de lo contemporáneo tiene valor y es digno de aprecio, en detrimento del pasado, puede resultar orientativo saber que Larra, representante de la Modernidad, como se dijo, pero no de “lo moderno”, tuvo capacidad para ver los conflictos y las injusticias que ésta significaba para los individuos y pudo también, desde su condición moderna, congeniar su aprecio por ciertas novedades con una valoración de zonas del pasado español y por determinados aspectos de la Tradición, que identificó en la lengua y en la cultura producida en el Siglo de Oro, así como en el poder político de España en ese momento de su historia, pues ese prestigio político valoraba la aportación cultural nacional (recuérdese “Horas de invierno”). Pero esto, desde luego, no le impidió criticar instituciones y episodios nefastos de nuestro pasado, ni rechazarlos como posibles signos identitarios. Aquí se mostraba como ilustrado, como Cadalso, en ese difícil y peligroso intento de guardar equilibrio que significaba no adscribirse por completo a nada.

Dejó para los lectores una imagen de España caracterizada por la rapidez de los cambios. Frente al Antiguo Régimen, de movimientos más lentos y estadios más duraderos, el Tiempo Nuevo iniciaba una aceleración que no ha parado. Sin embargo, en medio de esa máquina, sus trabajos implican detenerse, la búsqueda de momentos para pensar, leer y escribir sobre su entorno, sobre sí mismo, y conformar una imagen en la retina del lector. Una imagen fragmentaria que, sin embargo, revela un todo.

Si clásico es aquel autor que aún se lee y en el que las nuevas generaciones de lectores encuentran respuestas; si clásico es aquel autor que, aunque no se lee, está presente en la sociedad porque ésta alude a sus personajes, a sus creaciones, a frases que hizo famosas o incluso a él mismo, entonces hay que reconocer que Larra es doblemente clásico y que es de los pocos autores de nuestra literatura que está integrado, como Cervantes o Galdós, en nuestra memoria colectiva y nos sirve para explicar nuestro entorno.

JOAQUÍN ÁLVAREZ BARRIENTOS
JOSÉ MARÍA FERRI COLL
ENRIQUE RUBIO CREMADES